

Antonio Bórquez Solar

## Bizarrias de Antaño

**S**I no me falla la memoria, en Noviembre de este año funda el pintor Alfredo Melossi la revista «Luz y Sombra». Me llamó a colaborar en buenas condiciones. El regentaba el hotel de su propiedad que todos conocimos en la Estación de la Alameda. Aquí también llamó a Augusto Thomson y lo protegió de manera decidida y eficaz. «Luz y Sombra» dió una vez un gran banquete en su hotel a todo su personal de redacción, dibujantes, fotógrafos, etc. Al final fueron retratados todos los asistentes.

Esta revista tuvo la virtud de abrir camino a las tendencias nuevas en el Arte; del arte modernista sin exageraciones; educó al público con las más variadas colaboraciones. Después, fusionándose con «Instantáneas», otra revista que no había conquistado mucha popularidad, la revista de Melossi hizo labor más intensa y profícua. No hay, pues, motivo para que el pintor Alfredo Melossi sea olvidado en la literatura de mis mocedades floridas.

Más o menos por este mismo tiempo Marcial Cabrera Guerra toma bajo su patrocinio una humilde revista que un señor Ramos editaba con el nombre de «Santiago Cómico», y publica unos versos del poeta González, «A Santa Teresa», y su caricatura con hábito de fraile y con la capucha vuelta. Al poco tiempo la pequeñita revista se transforma en manos del Chico Cabrera y se hace «Pluma y Lápiz» famosa. Una pléyade de

escritores y poetas, todos jóvenes, colaboran en ella y los mejores dibujantes ilustran sus páginas. La capital de Chile se asombra con esta revelación de una juventud mental vigorosa, moderna y sana, libre de prejuicios. Después comienza a pasar lista de presente en la revista la más prestigiosa [lanje espiritual de Hispano América. De este modo «Pluma y Lápiz» educa el gusto artístico, ejerce una misión pedagógica de belleza, hace una labor social honrada y provechosa, y es en Santiago guía y enseñanza permanente. Su fama pronto fué a provincias y toda persona ilustrada o de buen gusto hizo de ella su lectura favorita.

La revista del pintor Melossi dejó de publicarse y entonces la demanda de «Pluma y Lápiz» fué mayor. Parecía, pues, asegurado el porvenir de la bella publicación y el advenimiento a corto plazo de una mayor cultura. Mas, por desgracia, paralelamente, dos hebdomadarios que tenían pretensiones literarias, destruían en la capital toda labor artística, propagaban el virus maléfico, explotando la cursilería reinante en la más variada forma, fabricando literatura para modistillas, horteras y chimberos, la única que podían hacer sus infelices compaginadores. ¡Oh! nunca podrá ser abominada lo suficiente la obra de esos buhoneros literarios, desenfadados y audaces que no tenían más objetivo que ganar dinero, sin nociones de Arte, sin gramática y sin decoro.

«Pluma y Lápiz» se imprimía en la Imprenta Barcelona y salía a la venta, y empaquetada para provincias, desde la calle San Carlos, casa 746, entre Santa Rosa y San Isidro, que entre *santos* vivíamos Cabrera y yo.

A pesar de estar excomulgados como escritores de *La Ley*, Cabrera dedicaba a su revista toda su actividad, toda su vida, en un trabajo abrumador que me asombraba. Los días Viernes y Sábado más aún, cuando había que repartirla en los distintos puntos de venta en Santiago y provincias. Esos días se levantaba antes de las cinco de la mañana a empaquetar y se acostaba a las doce de la noche, o más tarde, fatigado, rendido y siempre contento, con una broma en las labios para mí o

para el muchacho que le ayudaba. Este, que es hoy jefe de policía por ahí, me dijo en días pasados al encontrarme:

—Don Marcial ¡qué gran caballero! Si hubiera vivido él, yo sería una gran cosa. Me quería mucho.

En «Pluma y Lápiz» nacieron a la vida literaria varios ingenios, entre los más sobresalientes Carlos Pezoa Véliz, prematuramente fallecido, lo mismo que el joven poeta Jorge Prieto Lastarria, Víctor Domingo Silva, Pedro E. Gil, Allan Samady, Francisco Contreras y varios otros.

\* \* \*

Experimento en estos mismos días una grandísima evolución espiritual. Mi fe en la bondad de los hombres, de parientes y amigos se había evaporado. El egoísmo más brutal y agresivo se me mostraba en todas partes. El mismo Marcial, que había sido bueno a las veces conmigo, se me revelaba en una forma desusada: su carácter se había agriado de repente. Y después cuando «Pluma y Lápiz» no daba toda la utilidad que él soñaba, se hizo malo y fué cruel. Todo le ha sido perdonado por lo mucho que sufrió.

Entonces yo visito los suburbios, vago solo por los alrededores de la ciudad para hartar mi vista con los cuadros misérrimos de las vidas desamparadas y miserables. Voy amargado en busca de mayores amarguras que las mías, en busca de historias tristes, de historias dolorosas, de muertes trágicas, y se me presenta la vida en todas sus formas más irritantes. Y no por convencimiento libresco sino por haberlo visto y palpado, creo firmemente que todos los hombres se dividen en dos clases: la de los lobos y la de los corderos eterna y terriblemente devorados por aquéllos; que no veo sino explotados y explotadores.

En medio de estas tribulaciones que daba a conocer en cuentos amargos que publicaba en «Luz y Sombra» que me daba por ellos una magnífica pensión, y en ocasiones con champaña, vino el poeta González a disuadirme de *hacer tonterías*, cuando yo

quería hacerme apóstol del proletariado, organizarlo en partido de clase para reivindicar sus derechos a una vida más fácil y más buena. El poeta, que tenía un profundo buen sentido, después de reirse compasiva y bondadosamente de mis quiméricos propósitos, me decía:

—Con razón te dice el Chico (Cabrerá) que eres un tonto. Tú no eres hombre de acción, ni político explotador de la ignorancia popular. Si vas de buena fe, primero el pueblo se reirá y después te disparará piedras. Eres incapaz de engañar a nadie; eres poeta y nada más. ¿Qué es muy amarga la vida? Pues hay una manera de no sentirla. Esta... (Y bebía hasta el concho su copa roja). Por cada dolor que veas o sientas haz una poesía y ganaremos todos. Ahora si quieres ir preso, yo mismo te puedo mandar.

Y una semana siguiente estuve a punto de ser llevado a una comisaría por culpa de él. Voy a contar el caso ligeramente:

Después de un «Machitún», una comida, ágapes cordiales entre escritores y artistas, pasamos al Club. Hasta las doce de la noche estaría yo con González, oyendo improvisar a Préndez. Ya he dicho que éste era un admirable e infatigable improvisador. González me rogó que lo acompañase hasta su casa. Vivía en la calle del Manzano, una paralela a Recoleta, a la derecha, pasado el Mapocho.

—¡Hombre!—me dijo—Por el puente he notado que andan bandidos y que me asechan ahí, de noche... Y ahora que no pasan tranvías, peor. ¿Vamos?

Le acompañé. Hicimos antes de llegar al jardinillo de Recoleta dos altos, para observar, según él indicaba, que nadie nos seguía. Y contento por haber pasado el peligro que yo no creí, golpeó en un restaurán cuyas puertas estaban cerradas.

—¿Quién?—dijeron de adentro.

—Yo—repuso el poeta. Y se abrieron las puertas como si le esperaran. Entramos. Cerraron. Pidió una botella de chicha. Mientras la bebíamos, observé cuatro jugadores de dominó, serios, taciturnos, y tras el mesón una mujer joven aún, de grandes ojos verdes. Salimos. De repente, al llegar a la calle Andrés Bello,

se paró en seco González y quedó mirándome de una manera extraña y murmurando palabras ininteligibles.

—¿Qué te pasa?

—Nada. ¿Qué te importa, bandido?

—Pero, hombre. Te ha hecho mal...

Pasaba a caballo en ese instante un oficial de policía y le dió voces, llamándole. Acudió éste y el poeta le dijo:

—Este hombre me sigue ya dos cuadras y no quiere apartarse de mi lado. Yo creo que quiere robarme. Hágame el favor de llevarlo preso.

Me quedé estupefacto y no menos extrañado el oficial que veía muy bien por mi flamante indumentaria que salía de un banquete y no de la hampa. Pero González insistió en que me llevara preso y que si no él mismo iría a reclamar contra el oficial, en la comisaría cercana. Entonces me alarmé porque creí que el poeta se había vuelto loco. Le hablé con las palabras más cariñosas. Noté que chupaba su cigarrillo con más fuerza y más aprisa. El policía ya se disponía a hacernos marchar adelante, al cuartel. Gracias que se me ocurrió una idea salvadora:

—Señor oficial—dijele.—El poeta González, este que Ud. ve, ha perdido el juicio, y Ud. puede hacer el favor de acompañarnos hasta que yo lo deje en su casa, que está aquí muy cerca. Accedió y González también, lo que me admiró. Verdaderamente, yo pensaba que el poeta había perdido el juicio. Sin hablar más palabra llegamos a su casa. Al abrir, empujándome hacia adentro, decía:

—¡Entra ligero, hombre!

Cerró tras de sí la puerta con violencia y mientras se reía del susto que me había hecho pasar oímos que el oficial decía desde afuera:

—¡Buenas noche, don Pedro Antonio. Si lo conozco!...